

CAPITULO IX

El Reino de la Mosquitia y el Coronel Kinney

El Coronel Kinney procedía conforme al derecho que le daba una donación de tierras otorgada por los soberanos achocolatados del reino de la Mosquitia, y que de manera indirecta había llegado a sus manos. Alrededor de dicha donación gira una interesante historia. La Costa de la Mosquitia, llamada así de tiempos atrás, es una franja costera de doscientas millas de longitud que va de Cabo Gracias a Dios a la Laguna de Bluefields (o Perlas). (+). Por ser una zona baja, pantanosa, e inhóspita, no ofreció ningún halago a los conquistadores españoles del siglo XVI que buscaban oro y plata, así que éstos se establecieron en otras partes. Verdad es que a veces los misioneros visitaron el lugar; pero dándose cuenta de que los naturales tenían tan sólo un bajísimo grado de inteligencia y que vivían en pequeñas poblaciones desparramadas, resolvieron desarrollar sus actividades en regiones más prometedoras. En el curso del siglo siguiente descubrieron los bucaneros del Caribe que la zona era ideal para su oficio. El litoral atlántico, áspero y desconocido por los cartógrafos, con sus numerosos ríos e islotes, les permitía huir fácilmente en sus barcos de poco calado de cualquier buque de guerra que los persiguiera, y desde sus escondrijos costeros podían prontamente caer sobre los desafortunados galeones españoles que pasaran por allí. Los esclavos fugitivos de las Antillas agregaron nuevos elementos a la población, la cual absorbió a nume-

(+) En realidad, la Mosquitia nicaragüense se extiende desde Cabo de Gracias a Dios hasta San Juan del Norte, incluyendo la desembocadura del Río San Juan. (N. del T.).

rosos esclavos africanos escapados de un barco negrero que naufragó en la costa. Unos cuantos plantadores jamaicanos fueron también a establecerse allí con gran número de esclavos. (1). En consecuencia, con el correr del tiempo los naturales de la región, llamados indios mosquitos o más bien mískitos, degeneraron en un tótum revolutum de indios y negros, con una que otra gota de sangre de piratas o de plantadores jamaicanos. Los piratas eran principalmente ingleses, a quienes por lo general no se les molestaban si se avenían a compartir de manera razonable su botín con el gobernador en turno de Jamaica. El soborno es tan anti-guo como la misma humanidad.

A medida que el elemento étnico inglés adquiría más y más ascendiente, se iba haciendo inevitable que surgiera un día la idea de anexión. Y así fue que en 1687 el gobernador de Jamaica tomó la iniciativa de manera singular. Hizo llevar a uno de los jefes mískitos a Jamaica donde en forma gentil pero también forzosa se le vistió a la europea nombrándosele Rey de la Mosquitia. La coronación del soberano de azabache tuvo efecto entre solemnes ceremonias; pero el digno monarca, sin apreciar la majestad de su investidura, casi echa a perder el programa eludiendo a sus guardianes para despojarse de la supérflua indumentaria y esconderse entre las ramas de un árbol elevado, lejos de toda vigilancia. Tras de muchos ruegos, al fin bajó para aceptar un sombrero de tres picos y un pergamino, lo que hasta cierto punto fue una concesión irónica a las flaquezas del hombre blanco. Y con eso quedó hecho rey. Se le exigió en seguida poner sus dominios bajo la protección de la Corona Británica. Medio siglo pasó antes de que los ingleses volvieran a intervenir. En 1740, mientras Inglaterra y España guerreaban, el gobernador de Jamaica encargó a Robert Hodgson del territorio de la Mosquitia a azuzar a los naturales en contra de los españoles de las inmediaciones. Hodgson llegó a la costa, izó el pabellón británico, y con sólo dar a los jefes

(1) *Clayton-Bulwer Treaty*, Págs. 17 y siguientes, por Travis; *Wolka*, por E. G. Squier, en varias partes del libro. (Nueva York, 1855).

mískitos unos tantos barriles de ron concertó con ellos un algo así como tratado mediante el cual reconocían la soberanía británica.

España protestó de la intrusión británica en la Costa Mosquitia, y después de prolongadas negociaciones con el gobierno inglés, éste en 1786 se retiró de allí. No obstante eso, al cesar el dominio de España en la América Central, Gran Bretaña renovó sus pretensiones de dominio sobre los indios mískitos; con esas miras quiso dar al reino zambo nueva pompa y esplendor. A uno de los jefes que parecía poseer en mayor grado que los otros la idoneidad deseada, lo llevaron a Belice en donde le entregaron los emblemas de la realeza, consistentes en "una corona plateada, una espada, y un cetro de módico valor" para dar mayor grandiosidad a las ceremonias de coronación. Estos modernos Warwicks, (+) sufrieron un triste desengaño en cuanto a su selección de soberano, pues el tal juntaba a "las malas cualidades del europeo y del criollo, los peores vicios del zambo y la volubilidad del indio". Fue tal vez un gran alivio para los padrinos del monarca haber sabido en 1824 que sus súbditos lo habían escabechado en una bronca de borrachos. Dos reyes sucedieron a éste en un solo año sin haber dado ninguno de ellos la medida; pero en abril de 1825 coronaron con la consabida pompa en Belice a otro rey que se llamó Robert Charles Frederick. Hay ciertas cosas de este soberano que tienen atingencia con la historia de la expedición del Coronel Kinney.

Un testigo ocular de las ceremonias de coronación de Robert Charles Frederick dejó escrita una crónica del acto, la que resumiremos aunque sea a riesgo de torcer el hilo de la narración, en gracia a lo que de ello pueda deducirse en relación con las pretensiones británicas en Nicaragua. La coronación se efectuó en la iglesia después de una procesión salida del Palacio de Justicia. El Rey Roberto montaba a

(+) Conde de Warwick, estadista y soldado inglés del siglo XV a quien apodaban "Kingmaker" (Hacedor de Reyes). (N. del T.).

caballo vistiendo uniforme de mayor del ejército, en tanto que sus jefes, en pos de él a pie, lucían casacas escarlata de las desechadas por los oficiales ingleses de diversos rangos, y pantalones de simples marineros. Al llegar a la iglesia "se sentó a Su Majestad en un sillón, cerca del altar, y el capellán de la colonia leyó los párrafos litúrgicos de la coronación inglesa, tal como en Inglaterra, en ocasiones semejantes, hace el Arzobispo de Canterbury. Cuando llegó a la parte aquella de "y todo el pueblo dijo: ¡Viva el rey eternamente, viva el rey, Dios salve al rey!", los barcos del puerto, conforme a una señal convenida, dispararon una salva y levantándose los jefes gritaron: "¡Viva el Rey Roberto!".

"Su Majestad parecía principalmente ocupado en admirarse las galas de su atavío, y después de haber sido ungido manifestó su agradecimiento metiéndose repetidamente las manos en su tupida y ensortijada pelambre para después urgarse con el índice las narices. Era su manera de exteriorizar complacencia.

"Antes, sin embargo, de que los jefes juraran lealtad a su monarca, era preciso profesar el cristianismo; y (quede escrita para siempre esta vergüenza) fueron todos bautizados "en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo". Hubo despliegue de ignorancia total del significado de la ceremonia, y cuando se les pidió que diesen sus nombres se arrogaron títulos tales como Lord Rodney, Lord Nelson, y otros de gran celebridad. La consternación fue general cuando se les dijo que sólo podían ser bautizados con nombres cristianos del santoral.

"Concluida esta solemne burla, la concurrencia en pleno pasó a una escuela donde sería el banquete de la coronación; allí esos desdichados se emborracharon con ron. Apropiado **grand finale** para la más blasfema y abominable farsa que jamás haya deshonrado a un país cristiano". (1).

(1) *Guatemala, or the United Provinces of Central America*, Págs. 25 - 7, por Henry Dunn (Nueva York, 1828).

Muy pronto los representantes de la Gran Bretaña en la costa vieron que allí, según reza el dicho, les había salido el tiro por la culata. El soberano que ellos hicieron de aquel Robert Charles Frederick comenzó a disponer a su gusto y antojo, en 1838 y 1839, de grandes porciones de su reino a cambio de barricas de whiskey, fardos de telas chillonas, y de otras mercaderías de valor en sus dominios. Hizo el rey una de tales donaciones el 20 de septiembre de 1838 al comerciante londinense John Sebastian Renwick adjudicándole la región comprendida entre los ríos Patuca y Negro (o Tinto) en Honduras, y al mismo tiempo le autorizaba a recaudar allí derechos aduaneros e imponer los tributos que quisiere. Luego, el 28 de enero de 1839, este mismo soberano, "en el décimocuarto año de nuestro reinado", adjudicó a los señores Samuel y Pedro Shepherds, súbditos británicos, (1) domiciliados antes en Jamaica, otro principesco donativo de tierras que partiendo de la margen meridional del Río San Juan se prolongaba por el Sur y siempre a lo largo de la costa oriental hasta llegar a Boca del Toro y la Laguna de Chiriquí, en Panamá. Cuando los comerciantes se dieron cuenta de la largueza con que Su Majestad disponía de las tierras, se apresuraron todos a pertrecharse en grande de lo mismo. Otra de tantas donaciones englobaba todo el territorio enmarcado entre la margen meridional del Río San Juan y la frontera de lo que hoy es Panamá, es decir que abarcaba la mitad oriental de Costa Rica, y todo aquel que así lo hubiere querido pudo entonces haberse hecho de una buena tajada de la América del Norte o de la América del Sur, siempre y cuando, por supuesto, considerase la concesión digna de su ron. (2).

Estas adjudicaciones fueron hechas, claro está, a espaldas de las autoridades británicas, y cuando el superintendente de Belice, Coronel McDonald, lo supo, hizo todo lo posible por que fuesen revocadas. Pero los comerciantes eran

[1] Los Shepherds decían ser ciudadanos británicos, pero la verdad es que eran nativos de Georgia, Estados Unidos.

[2] *American Whig Review*, Vol. V., Págs. 202 - 3.

una gavilla de hombres temibles a quienes el rey Roberto miraba con pavor, así que no había modo de hacérselas anular. Quizá también temiera el rey la pérdida de su bendito ron. McDonald hizo entonces lo que le pareció mejor: convenció al soberano de que debía hacer su testamento nombrando "regentes" a McDonald y a otros indicados por éste, para en caso que el rey muriera antes de llegar el "príncipe heredero" a su mayoría de edad. A poco de esto el rey Roberto tuvo la gentileza de morir, y McDonald como regente entonces en nombre del rey-niño George Clarence, publicó un edicto revocando las concesiones. Explicaba el edicto que la mayor parte de ellas, si no todas, habían sido obtenidas mediante negociaciones ilícitas y sin la justa compensación, así como que "muchos de los adjudicatarios obtuvieron del fallecido rey dichas tierras cuando él no estaba en su sano juicio (es decir borracho), y puesto que las tales adjudicaciones despojan al sucesor del fallecido rey de territorios jurisdiccionales de su reino y de sus derechos hereditarios . . . es necesario y conveniente para la seguridad, honor, y bienestar de su reinado anular y abolir las susodichas adjudicaciones". (1).

Nadie habrá de enrostrar al muchacho su falta de amor filial por haber revelado oficialmente una debilidad moral de su padre muerto, pues no fue su cetrina mano real la autora de tal instrumento. Todo fue obra del insigne McDonald. Púsose al reicito bajo la tutela de Patrick Walker, secretario de McDonald. Este Walker, sujeto bien conocido en la Costa Mosquitia, fue desde ese día factótum del reino Costeño en donde se le llamaba "Pat" Walker. Los estados centroamericanos estaban entre tanto atascados en sus tribulaciones internas y no podían ocuparse de la intrusión británica en la costa. Nicaragua, pese a todo, desde su independencia venía reclamando sus derechos a ese territorio. En 1844 "Pat"

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Legaciones Centroamericanas, Notas al Departamento, Vol. II.

Walker notificó al Gobierno de Nicaragua que su ocupación de San Juan del Norte (Greytown, decía él) y de otros lugares del litoral atlántico era ilegal, dado que esos territorios quedaban dentro de las fronteras del reino miskito. Cuatro años más tarde, mientras México y Estados Unidos guerreaban, el gobierno británico, previendo el resultado de la lucha y con el fin de contener cuanto más la inevitable expansión americana, se apoderó del puerto de San Juan del Norte que aparentemente era entonces la llave de toda futura comunicación interoceánica.

Se ha dado cuenta ya de la donación hecha por el rey miskito a los dos hermanos Shepherd. Estos se asociaron más tarde con Stanislaus Thomas Haly. (1). Por unos quince años mantuvieron bajo llave los documentos marcados con una cruz (X porque no sabe firmar) por el rey Robert Charles Frederick, y naturalmente que hicieron caso omiso de la anulación decretada por el soberano sucesor. Para ellos el decreto de un rey era tan legal como el de cualquier otro. Ciertas concesiones posteriores hechas a otros comerciantes fueron también a parar a manos de los Shepherds, y cuando nuestro primer ministro enviado a Nicaragua, Mr. Ephraim George Squier, visitó en 1849 al Capitán Samuel Shepherd en su casa de San Juan del Norte, el veterano comerciante, casi ciego ya, le mostró comprobantes de que alrededor de dos terceras partes del reino miskito eran propiedad suya. (+). En su ancianidad los Shepherds trataron de disponer de sus concesiones, primero, según se dijo, en Inglaterra, pero al no encontrar comprador allí lograron venderlas en Estados Unidos a Henry L. Kinney y sus asociados. Kinney era originario de Pensilvania, pero en 1838 emigró a Texas, en donde años más tarde fue uno de los fundadores de Corpus Christi. Había tomado parte en la guerra méxico-americana con cargo de comisario y rango de mayor. Sirvió además varios

(1) Ver *Prospectus of the Central American Company* (Filadelfia, 1855; y también *Nicaragua: Past, Present and Future*, Págs. 171 - 82, por P. E. Stout, (Filadelfia, 1859).

(+) Para más detalles ver *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, Pág. 45 y otras, por E. G. Squier. (EDUCA, San José, Costa Rica, 1970). (N. del T.):

períodos como representante en la asamblea legislativa del estado, y en un tiempo negoció en ganadería, y especuló con bienes raíces en gran escala. La compra de la concesión de veintidós millones de acres hecha a los hermanos Shepherds fue la más grande de sus transacciones de tierras que jamás hiciera, y se dijo que había de pagar quinientos mil dólares por ella. (1). Para poner en práctica sus planes organizó una corporación con capital autorizado de \$ 5,625.000 de dólares que giró bajo la razón social de Central American Company. (2). El supuesto objetivo de la compañía era colonizar las tierras y desarrollar los recursos naturales de la Costa Mosquitia. Emitiéronse doscientas veinticinco mil acciones con valor nominal de veinticinco dólares; cada acción tenía como respaldo cien acres de tierra que podía ser redimida por ellas al solo presentarla en la oficina de la compañía en San Juan del Norte. Ofrecíase de esta manera al emigrante la oportunidad de ser propietario, por sólo veinticinco centavos el acre, de una porción de las más fértiles regiones tropicales. La compañía se anunciaba en muchas ciudades, abrió oficinas en Nueva York y Filadelfia y no parecía tropezar con nada en el desarrollo de sus planes de colonización. Entre el modesto comienzo de la empresa de Walker y el rumboso despliegue de la de Kinney, el contraste era más que patente. Kinney no hizo secreto de sus preparativos; realizó varios viajes a Washington, donde tenía muchos amigos entre los políticos, incluyendo, según se decía, al propio presidente de Estados Unidos. (3). En marzo de 1855 se sumó

- (1) **A Pictorial History of Texas**, Pág. 579, por H. S. Thrall, [San Luis, 1878]. Kinney era muy querido en el Este de Texas, y un condado de ese estado lleva su nombre.
- (2) Veintiuno eran los miembros de la directiva, en su mayoría residentes en Nueva York, Filadelfia y Washington. El presidente de la compañía era James Cooper, de Filadelfia, ex-senador de Estados Unidos, y su abogado se llamaba William B. Mann, en esos tiempos auxiliar del fiscal del distrito de Filadelfia.
- (3) Después del fracaso de la expedición de Kinney, su socio, Joseph W. Fabens, publicó lo que pretendía ser una revelación escandalosa de las relaciones entre el Presidente Pierce y Kinney. Decía Fabens que Pierce había sugerido a Kinney lo provechoso que sería una expedición a la América Central, y que entre los primeros socios de Kinney se contaban Sidney Webster, secretario privado de Pierce, y el juez de la Corte Suprema A. O. P. Nicholson, editor del diario oficialista **Unión**, e impresor de los trabajos de la cámara de representantes. Añadía en su escrito que se asoció a Kinney a instancias de Webster y de Nicholson, quienes la noche que llegó a Washington procedente de Nicaragua, le hablaron del asunto; y que

a la campaña Joseph Warren Fabens, valioso refuerzo éste que como agente comercial del gobierno de Estados Unidos había figurado prominentemente en los acontecimientos que precedieron al cañoneo de San Juan del Norte. Era dueño de una buena parte de los llanos de Chontales inmediatos al Lago de Nicaragua, zona mucho más saludable y rica en recursos naturales que la Costa Mosquitia; él y Kinney ligaron sus intereses. En esa situación las cosas, el Secretario de Estado Mr. William L. Marcy, resolvió tomar cartas en el asunto advirtiendo el 25 de abril a Fabens que si se asociaba a la empresa de Kinney no podría seguir desempeñando el cargo de agente comercial, y al hacer Fabens caso omiso de ello, Marcy lo destituyó. (1). Otro descollante personaje interesado de veras en el movimiento fue Fletcher Webster, hijo del famoso orador y a la sazón alto funcionario de la aduana de Boston. El hecho de que Webster hubiese sido antes secretario de la legación americana en China, cuando Caleb Cushing era ministro allí, y ahora miembro del gabinete de Pierce, reforzaba aún más la impresión general de que la empresa contaba con el apoyo de destacados personajes del gobierno americano. Hasta se había dicho que Webster iría con Kinney a Nicaragua. (2).

En Nueva York Kinney contrató el nuevo y veloz vapor **United States** que recientemente había roto la marca de velocidad entre esa ciudad y la Habana, e hizo planes para salir el 7 de mayo con cuatrocientos o quinientos emigrantes. Sus preparativos eran diez veces más sobrados que los de Walker en San Francisco, quien en esos mismos días pasaba apuros con sus acreedores que le habían embargado su décrepito bergantín. Pero también Kinney había de encontrar oposición. Apareció ésta, en primer lugar, personificada en el ministro de Nicaragua en Washington, señor J. de Marco-

la oposición del gobierno surgió hasta que Kinney y Cushing rieron con él. Kinney se disgustó también con White, de la Compañía del Tránsito, amiga al principio. Datos tomados del libro de recortes de Wheeler, Vol. IV, Pág. 176 [Biblioteca del Congreso].

- (1) **Herald**, de Nueva York, 12 y 16 de mayo de 1855.
(2) **Herald**, de Nueva York, 21 de abril de 1855.

leta, quien comenzó a disparar su riflito diplomático de tapón contra los expedicionarios, y esto no sólo a través de su legación, sino también por los periódicos. Era imposible que los ataques del ministro fuesen inspirados por su gobierno que en ese entonces defendía su propia vida contra el bando democrático y se encontraba en condición tan precaria, que hasta el status legal del mismo Marcoleta era cuestionable. El secreto de su activa oposición salió a luz cuando se supo que su asesor jurídico en esta cuestión era Joseph L. White, el abogado de la Compañía Accesoria del Tránsito. Como el Gobierno de Nicaragua nunca había reconocido la pretensión miskita, era lógico que combatiera los planes de la Compañía Centroamericana (Central American Company), la cual obraba basándose en las concesiones otorgadas por el reyezuelo; pero jamás el gobierno había hecho otra cosa que elevar formal protesta contra la usurpación de su territorio. Marcoleta, no obstante, empleaba toda su sorprendente energía haciendo valer los derechos de Nicaragua. White, sencillamente, se servía de él para que le sacase las castañas del fuego. Era a todas luces notorio que la empresa de Kinney tenía un mortal enemigo en la Compañía del Tránsito. A esta empresa convenía que San Juan del Norte desapareciera del mapa, y había conseguido que el gobierno perpetrara esta judiada. Pero apenas se había hecho la compañía ama absoluta del puerto cuando apareció Kinney con una propuesta para hacer resurgir el poblado, llevar gente más dinámica, y defender de manera más vigorosa que antes el derecho de autonomía de San Juan del Norte. La Compañía Centroamericana, una vez que llegara a poner firmemente el pie en San Juan del Norte, podría conceder privilegios especiales a una empresa rival y destruir el monopolio de la Compañía del Tránsito. Rumorábase asimismo que ésta tenía también proyectada la reedificación de San Juan del Norte para servirse del puerto en provecho propio. Así fue, pues, que White y sus socios decidieron frustrar a toda costa los planes de Kinney.

El resultado de esta pugna se hizo pronto efectivo. Kinney fue emplazado a comparecer ante un tribunal federal y arrestado el 27 de abril acusándosele de organizar una expedición militar contra la república de Nicaragua. Cinco días después Fabens, quien junto con Kinney había sido acusado de lo mismo, fue arrestado en Washington y llevado preso a Nueva York. Ambos fueron excarcelados bajo fianza. Fabens, al momento de su detención era todavía agente comercial de Estados Unidos, de cuyo cargo fue destituido una semana después. Señalóseles juicio para el 27 de mayo; pero cuando llegó la hora de verse el caso, John McKeon, fiscal de distrito de Estados Unidos, declaró que el gobierno, debido a la falta de testigos, no estaba preparado para ventilarlo, por lo cual podía posponer la audiencia. Los defensores alegaron que la solicitud de McKeon era sólo un subterfugio para desbaratar la expedición, ya que los gastos ocasionados por la detención del barco y el tener que dar de comer a varios centenares de hombres subía a más de dos mil dólares diarios, y que de no fallarse inmediatamente el caso, la expedición tendría que disolverse. Alegaron asimismo que McKeon no había puesto ningún interés en encontrar testigos ni tampoco podía dar sus nombres completos, y que su único propósito era hacer fracasar la empresa sin probar su ilegalidad. El juez ordenó la prosecución del juicio, pero McKeon reiteró que no podía acusar a nadie sin las debidas pruebas, y que dejaba la cuestión al criterio de la corte. Kinney y Fabens fueron exonerados.

Se anunció en seguida que los expedicionarios saldrían el 19, pero el 14 se promovió acusación contra Kinney en Filadelfia, donde también había reclutado gente. Esto lo obligó a comparecer en esa ciudad para la vista preliminar del juicio; quedó en libertad bajo fianza de \$ 4.500. Su abogado, George M. Dallas, trató en vano de que le fuese reducida. En la audiencia el fiscal federal sostuvo que Kinney estaba preparando una expedición de trescientos hombres para salir directamente de Filadelfia a San Juan del Norte, y que los halagaba prometiéndoles nombramientos de orden

civil y militar. (1). Este embrollo de Filadelfia ocasionó nueva posposición, y estando Kinney fuera de Nueva York dos comerciantes de esa ciudad lo demandaron por deuda de mercaderías que le habían vendido diecisiete años atrás, antes de emigrar él a Texas. (2). White y Marcoleta estaban resueltos a acabar con Kinney a fuerza de pleitear, pues sabían que cada día transcurrido le acarrearba grandes gastos y suscitaba creciente desmoralización entre sus hombres. Los enemigos de la empresa hasta recurrieron a la difamación propalando el chisme de que una bella y rica joven neoyorquina iría con Kinney a Nicaragua en viaje de luna de miel, cuando todos sus amigos sabían que tenía esposa en Texas. (3).

Entre tanto, tres vapores del gobierno y un guardacostas de la aduana en estrecho cerco bloqueaban desde el 24 de mayo al **United States** para impedir que Kinney saliera furtivamente. Obedecía esto a órdenes expedidas de Washington en donde se supo que el vapor zarparía el 26.

A Fabens y Kinney se les volvió a señalar juicio para el 5 de junio en Nueva York, y al no comparecer ninguno de los dos se les declaró en rebeldía por desacato a la corte, lo cual fue causa de orden de captura contra ambos. Se les detuvo al día siguiente, y al dar excusas satisfactorias por su no comparecencia, se les puso en libertad bajo palabra, ordenándoseles presentarse al día siguiente para la vista de su caso. Fabens se personó el día indicado y también al siguiente, pero Kinney no apareció por ningún lado. El gobierno pidió que la vista fuese pospuesta para el 8 cuando pudiesen ser procesados, y ahí terminó todo porque Kinney iba ya mar afuera.

La historia de la evasión de Kinney puede resumirse así: con el fin de desviar la atención de sus movimientos orga-

(1) **Daily News**, Filadelfia, 22 de mayo de 1855.

(2) **Herald**, Nueva York, 29 de mayo de 1855.

(3) **Herald**, Nueva York, 11 y 18 de mayo de 1855.

nizóse un mitin en su apoyo para la noche del 5 en el muelle donde el **United States** estaba atracado. El organizador del mitin fue John Graham, propietario del vapor y hombre a quien la Junta Revolucionaria de Cuba en Nueva York tenía en mucho. Parece que Graham se había hecho muy popular el invierno anterior merced a generosos donativos a los pobres. Este mitin sería de trabajadores invitados a llegar a protestar por el mal trato que su benefactor recibía de las autoridades. Una multitud —de tres mil hombres dijeron los diarios— se congregó en el muelle del barco, cerca del cual se había levantado una tribuna para los oradores. Después de llamar al silencio e imponer el orden comenzó el acto con la lectura de una declaración de protesta contra la ingerencia del gobierno que había paralizado los negocios de Graham obligándolo a despedir a muchos mecánicos. Varios amigos hablaron en pro de Kinney y de Graham; luego la multitud se disolvió para volver a reunirse otro día. Circulaba el rumor, lanzado quizá exprofeso, de que mientras se efectuara el mitin el vapor soltaría amarra. Esto atrajo un mayor gentío del que normalmente llegaría. En el mismísimo momento del mitin Kinney y trece compañeros salían sigilosamente de la bahía a bordo de la goleta **Emma**. Tal vez los promotores del mitin fueran víctimas inocentes de hombres más astutos, pero según todas las apariencias fue cuidadosamente planeado hasta en sus más mínimos detalles, a fin de hacer seguir una pista falsa a las autoridades. (1).

El bloqueo del **United States** no fue levantado cuando se supo que Kinney se había evadido, pues se temía que el barco le siguiera con el resto de los expedicionarios. Fabens y Fletcher Webster se fueron a Washington donde desplegaron toda clase de actividades en su afán de obtener la liberación del barco, pero el gobierno permaneció impasible. (2).

(1) **Herald**, Nueva York, 6, 7, y 17 de junio de 1855.

(2) **Herald**, Nueva York, 24 de junio de 1855.

Veamos ahora cuáles eran los verdaderos móviles de la empresa de Kinney. ¿Era tan sólo un agente colonizador, como públicamente proclamaba, o un aventurero ambicioso que trataba de crear un nuevo estado a expensas de las caóticas repúblicas de la América Central? El diario **Flag**, de Brownsville, con fecha 5 de mayo publicó una carta, al parecer de él, para un amigo de Texas que reprodujeron profusamente otros periódicos. No hay razón para dudar de su autenticidad. En ella Kinney resume sus planes de la manera siguiente: "Bastan sólo unos pocos centenares de americanos, y si de Texas mejor, para apoderarse de todo el país. Tengo concesiones de tierras, y en suficiente extensión, para comenzar a actuar en forma segura y legal. Pienso establecer un buen gobierno; el resto vendrá por añadidura". Si bien el gobierno jamás pudo probar en los tribunales que la empresa de Kinney fuera una expedición militar contra una nación amiga, la opinión general era de que sí, y todo robustece ese parecer. Débese por tanto considerar a Kinney y a sus hombres como filibusteros americanos. Mucho peso tuvo entonces la creencia de que Walker y Kinney actuaban en concierto; pero acontecimientos posteriores demostraron que más bien eran rivales.

La noticia de la llegada de Kinney no produjo excitación alguna entre la embotada población de San Juan del Norte. El morriñoso poblacho, tras el castigo infligido por Hollins, estaba aún más desolado. Nadie creía allí que quinientos hombres de raza blanca pudieran vivir mucho tiempo en esa región olvidada de Dios. La mala suerte persiguió a Kinney y a sus trece compañeros del **Emma**. La goleta encalló cerca de la Isla del Turco, y el grupo, después de muchas penalidades, pudo al fin llegar a San Juan del Norte en un vapor inglés. Pero su líder era ya un hombre arruinado. Había gastado hasta su último real y no se vislumbraban perspectivas de que pudiera recibir nueva ayuda de Estados Unidos, donde el gobierno seguía en sus trece y la Compañía del Tránsito le era siempre hostil. Pero él no perdió la esperanza. Los citados porteños lo aceptaron co-

mo líder, convencidos de que ningún cambio podría empeorar su ya calamitosa situación. Así fue que en mítines celebrados el 6 y el 7 de septiembre de 1855 se instauró un gobierno provisional erigiéndose Kinney en gobernador civil y militar. Se hizo una selección de cinco entendidos para que formularan una nueva constitución, la que habría de ser ratificada por votación popular. En el interín, la vieja constitución, moldeada en la de Estados Unidos, serviría de base para instituir el gobierno provisional. Kinney había llevado consigo una imprenta, la cual montó, y el 15 de septiembre salió a luz el primer número de un periódico bisemanal llamado **The Central American**. El objetivo primordial de ese órgano era dar a conocer la abundancia de recursos naturales del país a fin de atraer inmigrantes. Tienen, no obstante, cierto aire de humor melancólico los anuncios, en caracteres grandes y floridos, de comerciantes, abogados, escuelas, tiendas, médicos, hoteles, y también casas de regocijo; pero todo eso no era sino producto de papel y tinta de imprenta, así como de una vívida imaginación. (1). Escogióse a un grupo de funcionarios que cooperarían en asuntos administrativos con el gobernador. Haly, uno de los socios de los hermanos Shepherd, fue nombrado Presidente de la Corte Suprema y a Samuel Shepherd, Jr., le hicieron miembro del consejo municipal. Había entre otros funcionarios un secretario de gobierno, un capitán y recaudador de aduanas, un fiscal del estado, un director general de correos, un registrador de la propiedad, un capitán preboste, un administrador de aduanas, y dos editores. (1). Como puede verse, el número de funcionarios era casi igual al de inmigrantes. Antes de salir para San Juan del Norte Kinney dispuso que sus agentes en todas partes de Estados Unidos publicaran anuncios acerca de su proyecto y reclutaran emigrantes, pero no consiguió nada. Los representantes del gobierno británico, forjadores de la pseudoautonomía de San Juan del Norte, se negaron a reconocer al nuevo gobierno provisional. Entre tanto, la expedición de Walker que ya había entrado a Nicaragua por

(1) Muchos periódicos americanos reprodujeron párrafos del de Kinney. Ver, por ejemplo, *Alta California*, 4 de noviembre de 1855.

el Pacífico empezaba con éxito. Kinney, en cambio, estaba enfermo y económicamente liquidado; algunos de sus acompañantes lo abandonaron para probar fortuna bajo la estrella ascendente de Walker. Mas a pesar de los reveses Kinney, como filibustero de buena pasta que era, se aferraba a sus propósitos. Su consocio Fabens fue a unírsele a San Juan del Norte, y a fines de año buscaron a Walker para ofrecerle su cooperación. Esta era su última esperanza, y, como se verá más adelante, sólo le dejó una amarga desilusión.

[1] **Nicaragua**, por Stout, Pág. 176 y otras.